

COLECCION UNIVERSO

Los siete
INFANTES DE LARA



U
81
1)

EDICIONES ESPAÑA

BPE Burgos



hab3626561 BU 6F8 (11)

LEYENDAS HEROICAS Y POPULARES

Los Siete Infantes de Lara

Esta es la historia lastimera de los siete infantes de Lara, traicionados por su tío Don Rodrigo que, más tarde, fué muerto por Mudarra González, que vengó a los infantes.

Es Don Rodrigo Velázquez de Lara el más preclaro paladín del conde Garci Fernández de Castilla. Su lanza poderosa es la mejor salvaguarda de Castilla, amenazada por las huestes vencedoras de Almanzor. La última victoria del alférez castellano ha sido frente a los muros de Calatrava, cuya conquista, después de cruentísimas batallas, añade un laurel más a la abundante corona de Don Rodrigo.

«¡Ay, Dios, qué buen caballero
fué allí Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aquéste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara a sus sobrinos,
los siete infantes de Lara,
ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevaba.»

B. P. BURGOS

N. R. 157312

N. T. 205203

C. B. 3626561

B. U.

6.681

(11)

Con la noche entra en Burgos Don Rodrigo, escoltado por una gran procesión de antorchas, que anuncia la llegada de las huestes victoriosas, portadoras de las banderas enemigas y del botín arrebatado. El de Lara ofrece al conde Garci Fernández un rico escaño de oro con riquísima tienda de Arabia. El conde recibe a Don Rodrigo con todos los honores debidos a su rango y a su valeroso comportamiento, y ofrece, al valiente capitán castellano, lo que quiera apropiarse del botín que porta.

—Todo es vuestro, señor. Lo ganaron vuestras tropas.

Y renunciando a todos los bienes materiales, solicita de su señor que le trate casamiento con Doña Lambra de Bureda, prima del conde.

«Ya se conciertan las bodas,
¡ay, Dios, en hora menguada!
doña Lambra de Bureba
con don Rodrigo de Lara.

Las bodas fueron en Burgos,
las tornabodas en Salas;
en bodas y tornabodas
pasaron siete semanas:
las bodas fueron muy buenas,
mas las tornabodas malas.»

De toda Castilla, de León y de Navarra, afluyen invitados que llenan posadas y casas particulares. Salas arde en fiestas. El vino corre libre, remojando los gazaños ardorosos de la meseta. Bodas de rey no fueran tan nombradas.

Al torneo que ha de celebrarse en honor de la linda Doña Lambra y su esposo, acuden los siete infantes de Lara, sobrinos de Don Rodrigo. Su entrada en Salas es un acontecimiento de gallardía y apostura. El galope de

sus corceles es como el vigoroso *ritornello* de una canción heroica. Sus cabezas juveniles, destocadas de armadura, se ofrecen al viento, nobles e indefensas. ¡Triste destino el de los siete mozos! De la vida sólo saben heroísmos y alegre batallar. Desconocen la traición, y de las pasiones humanas sólo saben el rudo batir de las espadas y el jadear de la lucha.

Y aquella noche de su llegada, cuando celebraban la victoria sobre la morisma en el alcázar de Don Gonzalo Gustios de Lara, padre de los siete gallardos mancebos, un triste presagio vino a turbar la alegría que reinaba en el señorío. El gran escudo de Lara, glorioso blasón de su linaje, que campeaba sobre la más alta almena, cayó al suelo estrepitosamente, rompiéndose en mil pedazos. Todos los comensales quedaron sobrecogidos ante tan funesta señal, y allí acabó la fiesta.

El día del torneo en honor de los recién casados, fué señalado para que comenzara a cumplirse el presagio fatal. En la gran plaza de justas se ha reunido lo más florido de la nobleza castellana, que celebra el casamiento. En los graderíos, una gran multitud va a presenciar la fiesta. Los novios ocupan un rico estrado con dosel de fina tapicería y que ostenta las armas del conde Garcí Fernández, pues Doña Lambra es su prima y se la otorgó a Don Rodrigo por su bravura. Doña Sancha, madre de los siete infantes, está, también, en el palco, por ser hermana del novio.

Ya suenan los clarines que anuncian la justa. Los heraldos pregonan sus leyes y, de antemano, proclaman que «el que más potente bohordo tirase al tablado, sería el mejor caballero de Castilla». Y salen a la liza todos los participantes, armados de todas las armas, con bri-

llantes armaduras y ligeros caballos. Comienza el combate y en suertes diversas triunfan o caen derrotados varios caballeros castellanos y leoneses. Los bohordos se iban clavando, impulsados por los participantes que hacían gala de su poder físico. Ahora les corresponde a Alvaro Sánchez, un verdadero gigante, de inmensa estatura y formidable porte. Es como un dios de la fuerza, duro como una muralla. Lanza su jabalina y tiembla el tablado al choque con el hierro. El suyo fué el más alto de los disparos y el más profundo.

Dofia Lambra, con la intención de molestar a Dofia Sancha, gritó entusiasmada:

—¡Bien por el galán Alvaro Sánchez, el mejor de los caballeros! ¡Contigo casaría si no fuera por nuestro parentesco!

A esto, el menor de los siete infantes saltó sobre su caballo y arrojó una fuerte lanza sobre el tablado, que partió en dos.

La multitud aplaudía enardecida, y los hermanos de Don Gonzalo abrazaban a éste. Dofia Sancha también alabó la proeza de su hijo con una exclamación, oída la cual, Dofia Lambra arguyó:

—¡Gran fuerza la de la envidia!

Entretanto, el benjamín de los infantes y el gigantón, se trabaron de palabras y se desafiaron ampliando el combate del torneo en términos de inequívoca gravedad. Pero antes de enfrentarse ambos rivales, el hijo de Gustios hubo de pelear con dos caballeros encargados de sostener el campo. El primero, fué derribado fulminantemente por Don Gonzalo al primer bote de lanza. El segundo caballero cayó, también, sobre la arena, a las segundas lanzas. Las aclamaciones atronaban el espacio.

El pueblo de Salas vitoreaba a los infantes sin tacha, siempre vencedores, compasivos con sus vasallos, generosos con los pobres, buenos y justicieros. Don Gonzalo, al paso lento y majestuoso de su blanquísimo caballo, tornó a su puesto en el extremo del campo de justas.

Llegó, por fin, el turno al gigante Sánchez, que penetró en el campo montando un enorme caballo, tan enorme como el jinete, que hacía estremecer el suelo a su paso. En medio del mayor silencio, se prepararon ambos contendientes para la lucha. Caídas las viseras, la lanza en la cuja, embrazados los fuertes escudos, iba a repetirse el combate bíblico... Sánchez, inmenso Goliat, amenazaba con aplastar al infante, confiado y sereno como David. Al grito agudo del clarín, partieron ambos caballeros como exhalaciones. El primer choque estuvo a punto de desmontar al del Lara, que apenas logró mantener con su escudo el empuje de su contrario. Las dos lanzas saltaron en pedazos. Lucieron las espadas al sol, y, tras duro combate, cayó el gigantón herido de muerte.

A esto, Doña Lambra comenzó a lamentarse con grandes gritos, instigando a su marido a la venganza:

¡Quéjome a vos, don Rodrigo,
viuda me puedo llamar!
¡Mal me quieren en Castilla
los que me habían de guardar!
los hijos de doña Sancha
mal abaldonado me han...

Y encendido ya el odio, Ruy Velázquez de Lara, pensó por primera vez en su vida, en la traición y en la venganza.

«Callede, la mi señora,
vos no digades atal.
De los infantes de Lara
bien os pienso de vengar;
tela les tengo ya urdida,
presto se la he de tramar;
nacidos y por nacer
dello por siempre hablarán.»

* * *

Enterado del lance el conde Garci Fernández, mandó venir a Burgos a Gonzalo Gustios y a Rodrigo Velázquez para que zanjaran sus diferencias y se juraran eterna amistad, pues a Castilla convenía la unión de sus mejores caballeros. La ceremonia, sencilla y emocionante, convenció a Gonzalo Gustios de la lealtad de su cuñado que, a decir verdad, en aquel momento, pensó también con lealtad, pues había nacido caballero. Tan sincera fué la reconciliación que los hijos del señor de Lara pasaron al servicio de Don Rodrigo y Doña Lambra como oficiales de su mesnada.

Pero el odio de Doña Lambra era inextinguible y, aprovechando la ausencia de su marido, inventó un nuevo agravio de los infantes, de tal suerte que cuando regresó Don Rodrigo encontró a su mujer bañada en lágrimas y clamando nuevamente venganza. Quiso Don Rodrigo convencerla de la inconveniencia de esta petición, pero ella, hecha una furia, tremante de rabia, tachó de cobarde a su esposo y lloró su desamparo, hasta que logró encender nuevamente el ánimo de Don Rodrigo con el mismo fuego en que ardía su miserable corazón, que había pactado con el ángel malo de la venganza y el exterminio.

Y la ocasión de la venganza llegó. Castilla ardía en te-

mores ante los preparativos de los árabes que se disponían a invadirla. Don Rodrigo Velázquez había sido nombrado gobernador de guerra por el conde Garci Fernández, que no podía imaginar que los deseos de venganza inspirados por Doña Lambra a su marido, podían llevar a éste más allá de sus propios designios primitivos para alcanzar los límites de la más repugnante traición. La voluntad de Don Rodrigo era ley, y cumpliendo sus órdenes, marchó Don Gonzalo Gustios, padre de los siete infantes, a Córdoba, para negociar una tregua y, al mismo tiempo, ser víctima de la infernal urdimbre de su cuñado. Este le había dado una carta sellada, con la orden de entregarla personalmente al soberano árabe Almanzor. ¡No sabía el buen caballero que él mismo era portador de su fatal sentencia! Decía así la carta:

«Salve, gran Almanzor invencible: Hagoos saber que los hijos de Gonzalo Gustios de Lara, este que mi carta os lleva, deshonraronme y también a mi mujer, Doña Lambra, y porque no puedo vengarme de ellos en esta tierra cristiana de Castilla, os envío por esta causa a su padre para que le deis muerte, si en algo me estimáis. Después de que esto hagáis, os prometo llevar en mi hueste a los siete infantes, y, con ellos, acamparé en Almenar. Enviad allí un poderoso ejército que les destruya a ellos y a los doscientos caballeros que les acompañarán. Así daréis muerte a los siete mayores enemigos que tenéis en tierra de cristianos y que tanto mal pueden hacerlos. Después que los decapitéis, el reino de Castilla será vuestro.»

Y, portador de esta espantosa misiva, que guardara celosamente en su pecho, partió Gonzalo Gustios hacia Córdoba con la alegría de prestar un señalado servicio

a Castilla. Después de larguísimas horas de fatigoso y veloz galopar, avistó los alminares de la gran mezquita, brillantes como el oro bajo el sol delirante de Andalucía.

El noble caballero castellano fué recibido en el regio alcázar morisco con todos los honores que correspondían a un embajador. El grande y noble Almanzor, recibió al cristiano en un gran salón de dorada superficie, y se dispuso a escuchar con interés y cortesía al señor de Salas.

—Almanzor, os saludo en nombre de Rodrigo Velázquez y, en su nombre, os ruego deis cumplimiento al contenido de esta carta de paz que en su nombre os entrego.

El rostro bellamente viril, del rey moro, fué ensombreciéndose a medida que avanzaba en la lectura de la carta, a cuyo final sonrió triste e irónico.

—¿Nada sabes del contenido de este pliego?

—Ciertamente, no, señor. Pero sí sé que mi misión es firmar la paz de mi reino con el tuyo.

—Yo te diré, valiente Gustios, lo que dice esta carta: que te mate.

Gustios, demudado, no supo qué decir. Y el rey moro prosiguió:

—Bien puedo perdonar tu vida, por honrado y caballero; pero he de conservarte en prisión, porque es razón de estado el hacerlo. Como hombre, condeno la acción villana de Rodrigo, como rey la aprovecho. Así pues, serás mi prisionero, mas no en mazmorra, ni con daño ni baldón, porque rindo a tu hidalguía el honor que tu nombre merece.

Y fué encerrado en una rica sala, donde se dió a la más amarga desesperación. De ella vino a distraerle una

dulcísima voz femenina. Era la mora Zaira, hermana del poderoso Almanzor, que, compadecida del caballero cristiano, vino a darle consuelo y, después, a enamorarse de él.

—Sé de ti por tu fama y vengo a consolarte. Yo soy tu alcaide, y mis brazos serán suave cárcel de amor.

Y la sala del alcázar fué, desde entonces, perfumado templo de amor, en cuya prenda, puso Gustios un rico anillo en el mano de Zaira.

* * *

Con arreglo a sus planes, Don Rodrigo llevó a sus sobrinos por tierras de Almenar. Los siete infantes iban descuidados, y contentos de hallar ocasión de emplear su brío, jamás disminuído. Ni remotamente imaginaban la negra traición de que serían víctimas.

La pequeña tropa avanzaba por los campos de Almenar luciendo al viento el pendón de Lara. En el camino, como triste presagio, un águila caudal que seguía a los caballeros, se posó en un pino graznando lúgubrementemente. Una vez en la rama más alta, llevó las uñas largas de sus patas al cuello, degollándose instantáneamente. Su cadáver cayó en el camino e hizo dar un respingo a los caballos, que dieron un rodeo.

«Vido el agüero Don Nuño:

—Salimos por nuestro mal;
siete celadas de moros
aguardándonos están.

Por Díos os ruego, señores,
el rio no heís de pasar,
que aquel que el rio pasare
a Salas no volverá.

Respondió Gonzalvico
con ánimo singular,
era menor en los días
mas muy fuerte en pelear:
—No digais eso, mi ayo,
que allá hemos de llegar.
Dió de espuelas al caballo,
el rio fuera pasar.»

Y allá van los siete infantes de Lara, valientes y confiados, en busca de la muerte, que había de coronar sus hermosas cabezas con los laureles, siempre verdes, eternos, del romance:

«Saliendo de Canicosa
por el val del Arabiena,
donde Don Rodrigo espera
a los hijos de su hermana,
por el campo de Almenar
ven venir muy gran campaña,
muchas armas reluciendo,
mucha adarga bien labrada,
mucho caballo ligero,
mucha lanza relumbrada,
mucho pendón y bandera
por los aires revolaba.
Alá traen por apellido,
a Mahoma a voces llaman;
tan altos daban los gritos
que los campos retemblaban:
¡Mueran, mueran—van diciendo—
los siete Infantes de Lara!
¡Vengamos a Don Rodrigo,
pues que tiene de ellos saña!

Allí está Nuño Salido,
el ayo que los criara,
como vé la gran morisma
desta manera les habla:

— ¡Oh, los mis amados hijos,
quién vivo ya no se hallara
por no ver tan gran dolor
como agora se esperaba!
¡Ciertamente nuestra muerte
está bien aparejada!
No podemos escapar
de tanta gente pagana;
vendamos bien nuestros cuerpos
y miremos por las almas;
no nos pese de la muerte
pues irá bien empleada.

Como los moros se acercan,
a cada uno por si abraza;
cuando llega a Gonzalvico,
en la cara le besaba:

¡Hijo Gonzalvo Gonzalez,
de lo que mas me pesaba
es de lo que sentirá
vuestra madre Doña Sancha;
érades su claro espejo,
mas que a todos os amaba!

En esto llegan los moros,
traban con ellos batalla;
esposos caen como lluvia
sobre la gente cristiana:
los infantes los reciben
con sus adargas y lanzas,
«¡Santiago, cierra, Santiago!»
a grandes voces llamaban.

La batalla es crudísima. Los cristianos pelean como leones acosados. Pero todo era inútil. Eran más de diez mil moros. Los siete infantes apenas pueden alentar.

Ya ha caído Nuño Salido, El jefe moro Alicante, se conmueve de la suerte de aquellos bravos caballeros y les concede una tregua. En el fondo, desprecia a Don Rodrigo, traidor a su sangre y a su reino. Este recrimina al jefe moro porque eso no es lo tratado con Almanzor. Se reanuda la desigual pelea. Y uno a uno van cayendo los siete infantes. Primero es Don Fernando, que es decapitado a presencia de su tío como el resto de sus hermanos. Luego, Don Diego, y Don Martín, y Don Suero, y Don Rodrigo, y Don Nuño, y, por último, Don Gonzalo, el bello Gonzalvico, orgullo de Salas... Todos mueren bravamente, y el gesto fiero y desafiante, orgulloso y noble, se estatiza en las ocho cabezas que, más tarde, verá Don Gonzalo Gustios ante sí.

Almanzor, conmovido ante la desgracia de Gustios, le devuelve la libertad, y el caballero regresa a su hogar con la sola compañía de las siete cabezas de sus hijos y la del ayo Nuño. Tanto lloró su desgracia que sus ojos no volvieron a ver jamás la luz. Y en su alma, una sola esperanza: la infanta mora Zaira había quedado embarazada y había prometido que si el fruto de sus entrañas fuera varón, lo enviaría a Castilla para vengar la muerte de sus hermanos...



¿Quién es ese apuesto doncel? Entra en Salas al mando de trescientos caballeros cristianos libertados de su cautiverio en Córdoba por voluntad de Almanzor... Han pasado casi dos decenios... Es Mudarra, Mudarra González, el hijo de Don Gonzalo Gustios. La triste mansión de los

Gustios deja de ser tumba, y se ilumina con la alegría del heredero que es legitimado y armado caballero por el propio conde Garci Fernández. Se acerca la hora de que Don Rodrigo y Doña Lambra paguen su traición. Así lo ha jurado Mudarra, sobre el pecho de su anciano padre.

Ruy Velázquez vivía tiempo ha en la cumbre del poder que le daban las usurpadas tierras. La victoria le había sonreído en las batallas contra los leales cristianos, y era dueño de más de medio reino que tributaba en su beneficio. Pero no era dichoso. La fuerte encina de su poderío había sido regada con sangre, y el recuerdo de sus víctimas le devoraba como maligna fiebre. Su sueño era frecuentemente turbado por los fantasmas de los siete infantes de Lara, que se aparecían a su mente enloquecida como otros tantos esqueletos que cabalgaban macabramente sobre siete ciervos de altos cuernos. En otras ocasiones crecía ver las cabezas de los siete infantes rodando sobre los tapices de su alcoba, y oía sus fuertes risas jóvenes que le martilleaban los oídos y el corazón. Por si esto fuera poco, disfrutaba constantemente de las ironías de su esposa, que se reía de sus temores y le llamaba cobarde cuando su marido despertaba aterrado por la terrible visión de los siete esqueletos galopando sobre siete ciervos descarnados.

Mudarra, con su hueste, se dirige a Bilvestre, que conquista con facilidad. Don Rodrigo no quiere, de momento, hacer frente al pequeño Gustios. Este, haciendo uso de los antiguos fueros, arrasó la casa de su enemigo. De allí marchó sobre Urcejos, que tomaron en dos días, así como Urbel. Don Rodrigo seguía huyendo con su ejército, siempre perseguido por el hijo de Don Gonzalo

Gustios de Lara. Amaya, Cerrato, Castro, Saldafia... Victoria tras victoria, se iba tejiendo la cuerda que se ceñiría al cuello del traidor.

Ruy Velázquez acampó en Monzón abasteciendo ampliamente el castillo. Se preparaba a una resistencia que hiciera saber a Mudarra que Don Rodrigo fué azote terrible de la morisma primero y fuerte enemigo del conde Garci Fernández después. Pero los acontecimientos estaban señalados por el destino de forma distinta:

Una mañana, recorría Don Rodrigo la ribera con su azor que lanzó en persecución de una garza. Y tan alto subió el azor que le perdió de vista.

«A caza va Don Rodrigo,
ese que dicen de Lara;
perdido había el azor,
no hallaba ninguna caza;
con la gran siesta que hace
arrimado se ha a una haya,
maldiciendo a Mudarrillo,
hijo de la renegada,
que si a las manos le hubiese
que le sacaría el alma.

El señor estando en esto,
Mudarrillo que asomaba:

—Dios te salve, buen señor,
debajo la verde haya.

—Así haga a ti, caballero;
buena sea tu llegada.

—Digasme, señor, tu nombre,
decirte he yo mi gracia.

—A mí llaman Don Rodrigo,
y aun Don Rodrigo de Lara,
cuñado de Don Gonzalo,
hermano de Doña Sancha;

por sobrinos me los hube
los siete infantes de Lara.
Maldigo aquí a Mudarrillo,
hijo de la renegada;
si delante lo tuviese,
yo le sacaría el alma.

—Si a ti dicen Don Rodrigo,
y aun Don Rodrigo de Lara,
a mi Mudarra Gonzalez,
hijo de la renegada,
de Gonzalo Gustios hijo,
y alnado de Doña Sancha:
por hermanos me los hube
los siete infantes de Lara;
tú los vendiste, traidor,
en el val del Arabiana.
Mas si Dios ahora me ayuda
aquí dejarás el alma.

—Espéresme, Don Mudarra,
iré a tomar las mis armas.»

Y espoleando a sus corceles se acometieron a lanzazos. Don Rodrigo dió un lanzazo al de Lara que deshizo el escudo de Mudarra. Entonces, con un maravilloso bote, derribó el de Lara a Don Rodrigo. Aquel fué a matar a su rival, pero en lugar de hacerlo ordenó que fuera trasladado a Bilvestre y, allí, sobre las ruinas de su casa, fuera ahorcado. Después fué despedazado y cubiertos los trozos de su cuerpo con piedras arrojadas una a una. Desde entonces, todos los que pasaban por aquel lugar, en vez de rezar una oración tiraban una piedra y maldecían el alma del traidor.

La misma suerte corrió Doña Lambra, a quien Mudarra tampoco perdonó, mandándola despedazar.

Esta es la triste historia de sangre y de venganza de los siete infantes de Lara, los siete donceles sin tacha y sin miedo que fueron traidoramente muertos por su tío y cuyas sombras trágicas pueblan de fantasmas la llanura inmensa de Castilla...



CoLibri
COVER SYSTEM®

Made in Italy



8 032919 990075

PRECIO
50
CÉNTIMOS

LEYENDAS HEROICAS Y POPULARES

Tomo 4.-núm. 4

GRÁF. EXCELSIOR - CRISTO, 7

B
66
(1